

Reflexiones para un prefacio

Durante mucho tiempo le di vueltas a una pregunta un tanto desconcertante: ¿para quién estaba escribiendo este libro? Siempre he actuado con la idea de que un autor debe escoger una audiencia, de hecho, a una sola persona significativa de esa audiencia, y escribir a esa persona. Pero yo quería escribir un libro que fuera de interés general, que atravesara disciplinas múltiples y resultase atractivo a quienes elaboran y ejecutan políticas, a quienes están en los ayuntamientos y a quienes se arrodillan para los rezos del viernes o se sientan en los bancos de la iglesia los sábados o los domingos, a los teóricos sociales y a los profesionales de resolución de conflictos. Cuanto más intentas dirigirte a todo el mundo, sin embargo, menos te diriges a nadie. Como no lograba dar con una solución elegante, dejé en suspenso la pregunta y, sin más, me puse a escribir.

Hacia la mitad del proceso de desarrollo de los capítulos, apareció un sentimiento de conversación. Me percaté de que estaba escribiendo a colegas de las profesiones de transformación de conflictos, de mediación, de justicia restaurativa y construcción de la paz. Todavía abrigo la esperanza de que las ideas que deseo compartir y sobre las que deseo conversar tengan un atractivo amplio, pero está claro quién es la otra parte en la conversación.

Este libro comenzó como una secuela, una continuación. Al acabarlo, lo siento más como una *precuella*. De entrada, me dispuse a escribir la continuación del que es probablemente mi libro más conocido en el pequeño universo donde suelo enseñar y trabajar. Las primeras páginas de *Construyendo la paz. Reconciliación sosteni-*

*ble en sociedades divididas*¹ se escribieron a principios de 1990, aunque la edición publicada y más ampliamente compartida por la U. S. Institution of Peace Press no apareció hasta 1997. A efectos prácticos, el primer borrador de aquel libro se escribió hace más de quince años. Mucho de lo que sigue en *La imaginación moral* tiene, de hecho, características de continuación. El lector encontrará descrita la evolución y cambios de mis ideas y enfoques, así como revisiones y referencias específicas al modo en que se han desarrollado éstos desde que escribí *Construyendo la paz*. Pero *La imaginación moral* no es un añadido a otra cosa. Se ha convertido en un esfuerzo por encontrar el camino de vuelta al origen de mi trabajo, el manantial de aquello que permanece invisible bajo la superficie pero da vida a un riachuelo que mana, y luego fluye.

Construyendo la paz podía entenderse principalmente como un libro sobre la ingeniería del cambio social. No era ése el propósito manifiesto, ni el lenguaje que utilicé para describirlo. Pero, con toda honestidad, ésa bien puede ser una forma de situar mejor su contenido. Basándome en la experiencia, intenté proporcionar un marco teórico para mejorar la aplicación práctica. Muchas veces he dicho que el marco de *Construyendo la paz* no apunta soluciones. Plantea una serie de preguntas útiles para pensar sobre y desarrollar iniciativas y procesos que generen respuestas en escenarios de conflicto muy arraigado. Esos procesos, sin embargo, tienen que estar conectados a los aspectos concretos de las situaciones y contextos. Eso sigue siendo cierto, y apuntala la potencial utilidad del libro. Sin embargo, por su propia naturaleza, el marco se presta al diseño y gestión de la construcción de la paz, y allí tropecé con una tensión, presente no sólo en el campo en general sobre la forma en que pasamos de la violencia destructiva a un compromiso social constructivo, sino también dentro de mí.

A través de *La imaginación moral* quiero estudiar esa tensión. En algunos aspectos, quizás más que en cualquier otro libro que haya escrito, descubrí que entablar una conversación con mis colegas en el campo definido ampliamente como de resolución de conflictos era en realidad mantener una conversación conmigo mismo como profesional de los conflictos. Carl Rogers sugirió que las cosas más personales son compartidas universalmente. Creo que la idea tiene mucho mérito, aunque no se suele practicar en los textos académicos formales. En el mundo profesional de la escritura, vemos con cautela, incluso con recelo, la aparición de lo personal, y otorga-

mos un mayor grado de legitimidad a modelos y destrezas, teorías, estudios de casos concretos bien documentados, y a la aplicación técnica de la teoría que lleva hacia lo que percibimos como la objetividad de las conclusiones y propuestas. En ese proceso, hacemos un flaco favor a nuestras profesiones, a la construcción de teoría y práctica, al público y, en última instancia, a nosotros mismos. Ese flaco favor es el siguiente: cuando intentamos eliminar lo personal, perdemos de vista nuestro propio ser, nuestra intuición más profunda y la fuente de nuestro entendimiento —*quiénes somos y cómo estamos* en el mundo—. Al hacerlo, llegamos a un destino paradójico: creemos en los conocimientos que generamos, pero no en el proceso intrínsecamente embarullado y personal por el que los hemos adquirido.

La imaginación moral trata sobre ese desorden de la innovación. Me propongo explorar la evolución de mi visión de la construcción de la paz emprendiendo el recorrido de por dónde y cómo he estado realmente en este mundo de experiencia que yo llamo un hogar vocacional. Es un esfuerzo por compartir lo que he visto, las anécdotas e historias que he vivido, y, lo más importante de todo, la manera en que a lo largo del camino surgieron ideas que llevaron a formas diferentes, quizás innovadoras, de construcción del cambio social. En este sentido, como señalaron las primeras personas que leyeron este manuscrito, éste es un libro que toma un rumbo decididamente personal, con todas las fortalezas y debilidades que acompañan a semejante empeño. Mientras escribía, descubrí que la escritura iba hablándoles a cosas de las que había sido consciente, pero que no había abordado plenamente y mucho menos asumido. En la fachada y la puerta trasera de la ingeniería de la paz, descubrí que *La imaginación moral* estaba colándose en el arte y alma de lo que hago.

Históricamente, ha existido una tensión más bien encubierta entre dos escuelas de pensamiento en este campo, que he visto que se insinuaba en cierto número de conferencias y en alguna pregunta formulada desde la audiencia a algún orador tras su discurso central: ¿es la construcción de la paz un arte o una técnica? Han aflorado discusiones entre quienes creen que responder al conflicto y construir el cambio social es fundamentalmente una técnica aprendida y quienes lo consideran un arte. *La imaginación moral* introduce una visión distinta: la construcción del cambio social en escenarios de conflictos muy arraigados requiere ambos. Pero la evolución hacia la profesionalización, la orientación hacia lo técnico, y la gestión del proceso en resolución de conflictos y construc-

1. Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 1998.

ción de la paz han eclipsado, infravalorado y, en demasiados casos, olvidado el arte del proceso creativo. Este libro, como ha ocurrido con mi propia trayectoria profesional, es una recopilación de conversaciones sobre cómo podemos reencontrar el camino hacia el arte de la cuestión.

No considero el encontrar el arte de este tema como un correctivo menor a un sistema por lo demás sano. Requiere un cambio en la cosmovisión. Voy a proponer que, como profesionales del conflicto, tenemos que ir más allá de lo secundario, de hablar de boquilla, para alcanzar el arte y el alma del cambio constructivo. Tenemos que imaginar nuestro trabajo como un acto creativo, más cercano al esfuerzo artístico que al proceso técnico. Esto no niega jamás la destreza y la técnica. Pero sí sugiere que el manantial, la fuente que da vida, no se encuentra en el andamiaje de apoyo, el detallado conocimiento de sustancia y proceso, ni en la parafernalia que acompaña a cualquier esfuerzo profesional, sea artístico, político, económico o social. El manantial se encuentra en nuestra imaginación moral, que definiré como *la capacidad de imaginar algo enraizado en los retos del mundo real pero a la vez capaz de dar a luz aquello que todavía no existe*.

Como cualquier autor, tengo mis dudas e inquietudes sobre lo que he escrito. Me resultan mayores en este libro que en otros. Siento que me estoy aventurando en terrenos que, aunque están arraigados en mi experiencia, me han empujado a escuchar las voces filosóficas y artísticas que hay dentro de mí. Ningún libro, y desde luego tampoco éste en particular, puede colmar la totalidad de las esperanzas y deseos de una comunidad lectora diversa, aunque sean legítimos e importantes. Si bien este libro se interna en territorio nuevo, reconozco que lo hace con ciertas limitaciones. En una etapa posterior estoy seguro de que habrá tiempo de reflexionar, aprender de las respuestas y abordar los huecos que son necesariamente parte de una primera ronda de pensamiento nuevo. Pero aquí están mis temores.

Estoy seguro de que habrá personas de las que practican estas disciplinas que se preguntarán: ¿cómo se traduce concretamente esto en habilidades prácticas? Aunque en algunos capítulos hablo de esa cuestión, la naturaleza de este libro no es proporcionar un manual técnico. De hecho, propone ir más allá de esa visión. Invito a estos profesionales a suspender la necesidad de herramientas, respuestas y técnicas. Si es posible, dejen que estas páginas fluyan hacia la pregunta más profunda de por qué hacemos este trabajo y qué es lo que nos sostiene.

De igual manera, investigadores, teóricos y eruditos se preguntarán: ¿dónde está la evidencia empírica? ¿Dónde está el marco teórico? En algunos puntos, abordo ciertos aspectos de esas preocupaciones. Por ejemplo, narro cuatro historias conductoras, no estudios de casos concretos, a las que me refiero a lo largo de todo el libro. Son prueba de la imaginación moral, pero están incompletas. Es legítimo plantearse preguntas: ¿son estas historias demasiado individuales, microcosmos de innovación pero no respuestas sistémicas? ¿Son los escenarios y procesos demasiado particulares, únicos para un contexto dado pero no reproducibles? ¿De qué forma son pertinentes al cambio a gran escala tales historias? Todas son cuestiones legítimas que no se abordan enteramente en este libro. Mi intención aquí no es proponer definiciones académicas rigurosas, ni nuevas teorías globales en el sentido clásico del término. De hecho, puede que lo cierto sea lo contrario: deseo mantenerme pegado a la actual confusión de ideas, procesos y cambios, y, partiendo de ese punto, especular sobre la naturaleza de nuestro trabajo y las lecciones aprendidas.

Los filósofos, los especialistas en estudios religiosos y los estudiosos de la ética seguramente se preguntarán: ¿cómo se relaciona la imaginación moral con las escuelas de pensamiento existentes, y qué añade? En algunos capítulos sí proporciono referencias a escritores influyentes, y comparo algunas escuelas de pensamiento, pero mi objetivo ha sido hallar un espacio para reflexionar sobre la naturaleza de la imaginación, el cambio social y la ruptura de los ciclos de violencia. Muchos capítulos beben más de fuentes y de lentes periféricas —como la poesía haiku, o el estudio del mundo natural, como las arañas y quienes las investigan— que de los campos de los que tradicionalmente beben quienes escriben sobre cambio social o practican la transformación de conflictos y la construcción de la paz.

Dicho de un modo sencillo, deseo compartir pensamientos y percepciones que he recogido a lo largo del camino sobre la naturaleza de cómo funciona el cambio social constructivo y qué contribuye a ello. Creo que esto tiene mucho que ver con la naturaleza de la imaginación y la capacidad de representarse un mosaico de relaciones humanas. Esta imaginación, sin embargo, debe surgir de, y hablar a, las duras realidades de los asuntos humanos. Ésta es la naturaleza paradójica tanto de la imaginación como de la trascendencia: cada una tiene que tener un pie en lo que es y un pie más allá de lo que existe. Es necesariamente un proceso sinuoso, en el cual cabe esperar la ocasional, cuando no sistemática, metedura de pata. Tal es la natu-

raleza de la innovación. Es la naturaleza de la búsqueda del cambio. Y, como argumentaré, requiere ingenuidad y serendipia.²

Los libros, por supuesto, siempre se construyen alrededor de pensamientos, percepciones e ideas. Pero quizás no es frecuente que quienes los escriban sean explícitos sobre lo que supone compartir reflexiones que pasan del reino de la idea, emergentes muchas veces en el curso de múltiples conversaciones, para convertirse en algo que aparece sobre un papel. Las descarnadas letras negras sobre una página blanca cobran un significado que desmiente la naturaleza delicada de su misma existencia. Cuando una idea se plasma sobre un papel, le otorgamos una cualidad de definitiva. Quisiera sugerir lo contrario. Yo quiero compartir pensamientos en un proceso más alineado con una conversación, que espero claramente planteada, pero no obstante dinámica e incompleta por su misma naturaleza. Algunas y algunos de mis estudiantes comentan que parece que nunca presento la misma idea de la misma forma de una clase a la otra. Espero que eso no sea un comentario sobre convicciones sino una reflexión sobre la naturaleza de las ideas y el aprendizaje como un proceso indefinido, en constante evolución.

En el sentido más constructivo del término, propongo una disputa, una lucha con la naturaleza de este desafío. A este respecto, me alinee con la fascinante declaración de Eric Hofer sobre los movimientos de masas, cuando insinúa que su empeño no fue crear un libro de texto que sea una autoridad. Más bien, escribió, «es un libro de pensamientos, y no elude las medias verdades siempre que éstas parezcan sugerir un nuevo enfoque y ayuden a formular nuevas preguntas». Citando a Bagehot, concluía: «Para ilustrar un principio, hay que exagerar mucho y hay que omitir mucho» (Hofer, 1951: 60). Tomando esto en serio, he enmarcado intencionadamente cada capítulo comenzando con la palabra *sobre*, para captar la idea de que lo que estoy escribiendo son «pensamientos sobre» temas como sencillez, espacio, tiempo y vocación.

2. La palabra y el concepto *serendipia* aparecen en numerosas ocasiones a lo largo de todo el libro (véase especialmente el capítulo xi). *Serendipia*, si bien no es todavía un término comúnmente entendido y aceptado, cada vez se utiliza más en castellano. Proviene del vocablo inglés *serendipity*, un neologismo que, como explica Lederach al comienzo del capítulo xi, fue acuñado por Horace Walpole en 1754, a partir de un cuento de origen persa, titulado *Los tres príncipes de Serendip*, en el que los protagonistas descubrían por accidente y sagacidad cosas que no iban buscando. Se trata, por tanto, de la facultad de realizar hallazgos afortunados de forma accidental. (N. de la T.)

Estos pensamientos no nacieron a partir de un proceso nítido de planificación familiar. Muchos fueron accidentes. Formalmente, la comunidad científica se refiere a esto como *aprendizaje inductivo*. Otra forma de describirlo es decir que surgieron sorpresas inesperadamente mientras yo iba trabajando, sugiriéndome a menudo que no sólo debería cambiar mi trabajo, sino la forma de describirlo a otras personas, y que yo mismo debería cambiar.

La palabra *sorpresas* puede sonar ridícula en un libro serio. Hay quienes preferirían «lecciones aprendidas». Los científicos puros y duros podrían proponer «hipótesis en la búsqueda de una más extensa teoría de la paz». Otros podrían sugerir presentarlas como «la vanguardia de nuevas técnicas en la resolución de conflictos». Para mí, la mayoría de ellas fueron sorpresas vocacionales. Últimamente, me siento más a gusto llamando a mis pensamientos «sorpresas», después de que, poco a poco, se me hiciera ver que los grandes descubrimientos científicos de la historia de la humanidad se produjeron con más frecuencia por accidente que por intención. Dedico un capítulo entero a la aparición de la serendipia en la vida cotidiana como parte esencial del cambio constructivo, y, por supuesto, las personas que ejercen en la práctica y las dedicadas a la investigación comparten igualmente este aspecto de las sorpresas cotidianas, las reconocemos o no. Así fue como alguien chocó con el disco de Petri y he aquí que la mezcla no intencionada contenía una sorpresa, más adelante considerada un descubrimiento. De Louis Pasteur a Thomas Edison, lo inesperado, lo no planificado, el error, crearon de repente nuevas avenidas de percepción y comprensión. Las sorpresas son accidentes vistos en una luz positiva.

Esto es lo que espero compartir: algunas reflexiones sobre la imaginación moral, el arte y alma de la vocación, y la forma serendípica en que brotaron las percepciones y descubrimientos cuando intentaba encontrar el camino hacia la construcción de la paz.